

media luna á la que estaba enroscada una cuerda, y sobre la cual descollaba una señora muy bien vestida. Preguntando lo que aquel geroglífico significaba, me dijeron que representaba la luna y la Virgen, que viéndose espuesta á ser picada por la serpiente, (que yo, aunque involuntariamente habia tomado por una cuerda), la habia arrollado al rede-

dor de la luna, y para humillarla mas marchaba pisándola. El pobre pintor habia sido irreligioso sin sospecharlo.

El 22 de julio, á la una de la tarde pasamos por delante del cabo de San Roque, punto el mas avanzado de las costas del Brasil en el Atlántico.

Desde nuestra salida de Pernambuco navegamos



Desembocadura del río de las Amazonas.

constantemente entre la tierra y el arrecife que se prolonga á larga distancia de Sur á Norte, paralelamente á la tierra.

Hacia algunos dias que observaba con disgusto que esta se presentaba casi árida. Algunos montecillos de arena muy blanca se destacaban sobre el azul del cielo, y las risueñas montañas se perdian á lo lejos.

Aquella mañana habíamos pasado por delante de Rio-Grande del Norte, y desde dos dias antes costábamos un país muy parecido al desierto de Sahara: era una playa baja de arenas movedizas; tal lugar me pareció poco interesante. Como no pensaba meterme en el agua para recorrerlo, me daba las mismas razones que la zorra de la fábula: «Están verdes.»

3 de julio.—Me acosté esta noche sobre el puente;

al despertarme, el sol se habia ya levantado despidiendo una luz deslumbradora, y veia de nuevo las extrañas nubes negras y opacas. Intenté dibujar algunas; pero, á semejanza de las auroras boreales que en Laponia desaparecian no bien se mostraban, cuando con una tea de resina encendida velaba por las noches esperando su paso, aquellas nubes atravesaban el horizonte con extraordinaria rapidez.

El mismo dia experimentamos algunas emociones; se pescó un bonito; una tórtola que venia de tierra puso todo en movimiento; se dieron algunos latigazos á un grumete, y el capitan se rió dos veces durante la mañana.

A medio dia anclamos á la vista de Seará llamado tambien *Fortaleza*. La ciudad, rodeada de cocoteros, me pareció muy agradable, mas para entrar en ella fue preciso atravesar una playa arenosa, lo cual no

tuvo mas objeto que entregar y recoger los despachos. Desde lejos veia algunos animales que me daban mucho que discurrir, pues parecian mayores que caballos y tenian la forma de camellos; no me

engañaba: eran realmente camellos trasportados de África, sin duda por la sociedad de aclimatacion indijena. El país me parecia excelente para los espresados animales, familiarizados con la arena. Las



Una tienda en el Pará.

*jangadas* son las únicas embarcaciones de Seará.

Al dia siguiente me levanté con jaqueca por haberme visto precisado toda la noche á oír cantar en monótona voz los números de la lotería, que empezada á jugar despues de comer, no terminó hasta las dos de la madrugada.

Pasé la mañana tendido sobre unas cuerdas, vien-

do á los marineros negros y á los soldados remendar-se los pantalones, pues pocos llevaban camisa.

Desde que doblamos el cabo de San Roque el sol nos molestaba cada vez mas. Como á cada vuelta que daban las ruedas del vapor nos acercábamos á la línea equinoccial, nos colocábamos directamente en frente del sol por la mañana al mismo tiempo que



nos poníamos perpendicularmente debajo del Medio día. Magnífico fue el ocaso del sol. Pasé parte de la noche sobre el puente, pero de él me hizo huir á toda prisa un oficial mentecato que despues de haber cantado con tono melancólico los pasajes mas animados de las óperas italianas, se puso á tararearlos silbando.

El rio de las Amazonas.—Pará.—Los comisionistas negros.—Busca de un criado.—Las tiendas.—M. Benito.

El 9 de julio entramos en las aguas del Amazonas. A nuestra izquierda se hallaba la tierra de Pará, y á lo lejos, delante de nosotros y á nuestra derecha descubríamos la estensa isla de Marajo. Todos estaban ó lo parecían, contentos, y alternativamente pasábamos de un calor insoportable á un chubasco que nos obligaba á meternos en el interior del buque, donde, á pesar del ruido que allí reinaba, oía graznar al oficial melomano, á quien yo prefería los mas fuertes chubascos.

Pará ó Belen ofrecía desde lejos mucha semejanza con Venecia. La vista de aquellas playas bajas y de aquellos árboles cuya pequenez no me hacía recordar los de las montañas que acababa de abandonar, no me parecía en relacion con lo que me había prometido, porque en Rio-Janeiro, siempre que se hablaba de una cosa maravillosa se la suponía procedente de Pará: los pájaros mas deslumbradores por sus brillantes colores eran del Pará; los frutos mas sabrosos, las ananas, los maqueis ó frutos del manga y otros no menos exquisitos, eran tambien del Pará.

Cuando el buque ancló muy cerca del muelle, como ya no nos refrescaba la brisa del mar ni la que procedía de la misma marcha del buque, me creí próximo á morir sofocado por el calor. Pasamos á una cocina servida por algunos hombres tan súcios y tan escesivamente pálidos que no dudé que estaban atacados por la fiebre amarilla.

Tales fantasmas desocuparon por orden de su amo un vasto aposento que nos estaba destinado. Retiráronse montones de harapos, cachibaches rotos, una cuna y un tonel de vino. Aquel cuarto casi tan grande como mi almacén de Victoria, solo estaba separado de otro en el cual dormían revueltos el amo, los hijos, los criados pálidos y los negros, por un tabique de seis pies escasos de altura, que no llegaba á la mitad de la del techo.

Asegurada nuestra huronera, y teniendo por cierto que comeríamos, volvimos al muelle. Cada pieza de nuestros equipajes fue conducida separadamente por gente de todos colores, edades y sexos. Como casi siempre aconteció, los objetos mas pesados fueron á parar á manos de los mozos mas faltos de fuerza, que eran diez y siete: la cocina y la escalera estaban llenas de ellos, y otros había además en la calle que

empujaban á los primeros. Nuestro aposentador hizo entrar á todos en nuestro cuarto, y luego formó una larga fila, alineando cada conductor por orden de estatura, el que tenía delante de sí su respectivo paquete. Como esto se hacía con la mayor formalidad, nadie se atrevía á sonreírse. Cada uno recibió su moneda; hecho lo cual cerramos la puerta, despues de espulsar bruscamente á los rezagados que parecían dispuestos á reclamar, y eran, segun costumbre, los que habían sido mejor pagados.

La comida no fue tan buena como me prometía, porque la cocina portuguesa estaba reducida á su mas sencilla espresion. El mismo día recorrí la ciudad en todas direcciones con el comendador. Las calles en su mayor parte son anchas, y las casas, que en su casi totalidad solo constan de un piso, tienen balcones á cuatro ó cinco pies del suelo. La tierra encarnada de que las calles están llenas, ensucia y mancha todo, como con disgusto advertí al entrar.

Al volver á nuestro camarote para cuatro personas, solo había en él dos hamacas, pero afortunadamente yo había llevado la mia. El oficial filarmónico entró á media noche, y sin mas miramientos que los que guardaba en la época en que silbaba sus malditas canturias en los oídos de los que le rodeaban, se puso á hablar en alta voz, llamando al aposentador y á los criados, bufando como un energúmeno porque no tenía cama en que acostarse; y furioso despues de habernos despertado, salió para buscar sitio en que tenderse. Yo estaba tan furioso como él, pero era contra él. El mulato de nada de lo ocurrido tuvo noticia; pero como sus ronquidos se hicieron mas estrepitosos, fuí á pasar la noche en un balcón, á la luz de la luna. El fresco reemplazaba en aquellos momentos el sofocante calor que empieza á sentirse todos los días al salir el sol.

Gran disgusto tuve al saber al día siguiente que no hallaría un criado que hablase el francés. Me dijeron que un relojero que vivía al lado de la fonda podría darme algunos datos; en efecto, se ofreció á acompañarme para entregar mis cartas de recomendación, oferta que acepté gustoso. En todas partes fuí perfectamente recibido y en todas me ofrecieron hospitalidad con la amabilidad que caracteriza á los brasileños; pero preferí mi libertad, y dando á todos gracias, fuí con mi guía á hacer varias compras.

Corrimos toda la ciudad para hallar las cosas mas vulgares. Un libro que en Francia no me hubiera costado sino cinco sueldos, me costó seis francos. En casa de un mercader de tabaco se encuentran objetos completamente opuestos á su comercio, como por ejemplo, zapatos y aun paraguas; un zapatero vende á veces el elixir de la Gran Cartuja, ó una guitarra ó papagayos, y así de los demás ramos. Mu-

cho tiempo busqué en vano un tintero; y habiendo perdido un escalpelo, me fue imposible proporcionarme otro, pues los mercaderes á cuyas tiendas me llevaba el relojero me ofrecían lancetas en vez de escalpelos, siendo de notar que en todas las tiendas había lancetas: siento haber olvidado preguntar por qué este instrumento de cirugía representa allí tan importante papel.

Recorriendo las calles, supe que aquellos rostros pálidos, aquellos cadáveres ambulantes que habían llamado mi atención de un modo desagradable, no estaban enfermos, sino que eran portugueses procedentes de las islas, que no gastaban un céntimo, pues muchos se alimentaban con algunos bananos al día, lo cual les empobrecía la sangre y los debilitaba. Este régimen, al que no obstante llegaban á habituarse, les producía aquel color verdoso, lo que no les impedía, amontonando cuarto sobre cuarto, llegar á ser muy ricos. Mi guía decía siempre al verlos:

«Hé aquí un futuro caballero comendador; todos esos hombres llegan á ser comendadores.»

Intenciones tuve de pintar uno, porque aquel color de cadáver vivo era un estudio digno de ser añadido á los que ya poseía; pero al poner mano á la obra me volví tan pálido y demacrado como ellos.

Por mediación del relojero esperaba tener por criado un francés que habitaba en el Pará hacia treinta y dos años; pero por desgracia se ignoraba su domicilio. Ya entregadas mis cartas, fuí á visitar á M. de Froidefond, cónsul en el Pará, que habitaba en Nazareth, á media legua de la ciudad, pues allí van á vivir por lo regular las gentes ricas; y es tambien, como el Cateto en Rio-Janeiro, el arrabal de San German del lugar.

Encontré al cónsul tendido en su hamaca, muy pálido y flaco, y me presentó á su señora, hija de la duquesa de Rovigo, á quien había tenido el honor de conocer anteriormente.

Al manifestarle mi deseo de hallar un criado que hablase el francés, el cónsul me respondió que los pocos franceses que en el Pará residían eran representantes de casas de comercio de Nantes ó el Havre. Mi guía habló entonces del viejo francés á quien no se había podido encontrar.

No penseis en él, respondió M. de Froidefond; ese hombre es un perdido, un beodo de profesion que ha sido espulsado de todas partes.

Espuse tambien mi deseo de ir á los bosques vírgenes para vistas fotográficas; pero el cónsul me replicó que no había tales bosques vírgenes, ó que para hallarlos sería preciso ir muy lejos.

¡Que no hay bosques vírgenes! me dije interiormente; pues bien: los encontraré aunque me vea obligado á llegar al Perú.

Aquella mañana encontré á un hombre de aspecto desagradable, muy súcio, muy viejo y muy feo; las cejas, que le llegaban á los ojos, se los ocultaban por completo, y era además algo cojo. Luego supe que este percance fue la consecuencia de un balazo recibido en la época de los disturbios del Pará: aquel hombre era precisamente el francés mi futuro criado, el señor Benito.

En el Brasil se dice á todos los mozos de fonda: «Señor, tened la bondad de hacerme servir la comida;» y si por desgracia se conserva la mala costumbre europea de decir á secas: «¡Mozo, mi comida!» es forzoso esperar indefinidamente.

Dirigí una pregunta á M. Benito, pero creí que me las había con un polígloto, porque me respondió en una lengua desconocida. No necesitando sino un hombre que supiese el francés y el portugués, repetí mi pregunta, mas tampoco esta vez entendí la respuesta. El relojero puso en mi conocimiento que á causa de su larga permanencia en el Pará, el pobre M. Benito había olvidado *un poco* el francés, sin haber aprendido por esto mucho portugués, pero que tenía muy buena voluntad; lo cual era indudable, porque no bien le dije que fuese á traerme una silla que estaba á la derecha del cuarto, corrió á la izquierda y me trajo el sombrero. Este sólo rasgo me decidió. Ajusté, pues, á M. Benito por mil reis diarios (poco menos de tres francos) y el alimento; tenía su hamaca y su cofrecillo en que había un pantalón y una camisa, pues el buen hombre no se la mudó en todo el tiempo que pasó á mi lado.

Tratábase ya, antes de arreglarme un pequeño ajuar, de encontrar sitio en que albergarme en la inmediación de los bosques, no vírgenes sino tales como eran, á falta de otros mejores.

Quejábame un día delante de la puerta de la casa del cónsul de que nada podía hacer, cuando vimos á lo lejos á un jóven que montaba un caballo blanco.

Hé aquí lo que buscáis, me dijo M. de Froidefond; aquí está M. G..., ingeniero francés que ha hecho un camino en los bosques y conoce á todos los indios de las cercanías, por haberlos empleado en este trabajo. Dicho esto, llamó á M. G..., que se me ofreció cortesmente, y una hora despues recorrimos el campo y entramos en el bosque donde se había construido el camino bajo sus órdenes. Descubrimos una casa rústica oculta entre los árboles, perteneciente á un médico, y habitada por un indio y una india. Fuimos acto continuo á buscar al propietario, quien, sin titubear me dió permiso para que la ocupase, no bien se hicieran en ella algunos indispensables reparos.





Un cuadro de la iglesia del Parahyba del norte.

Nazareth.—El arte y la caza en los bosques.—Boas.—Las negras.—Los mercados.

M. G... me llevó á su casa en Nazareth, y no quiso dejarme volver á Pará. Acepté esta invitación

generosa, porque tenia un medio de corresponder á ella: este medio era hacer su retrato para regalarlo á su familia, de la que estaba separado hacia mucho tiempo. Tomé por habitacion una sala de cuarto ba-



El fraile azul.



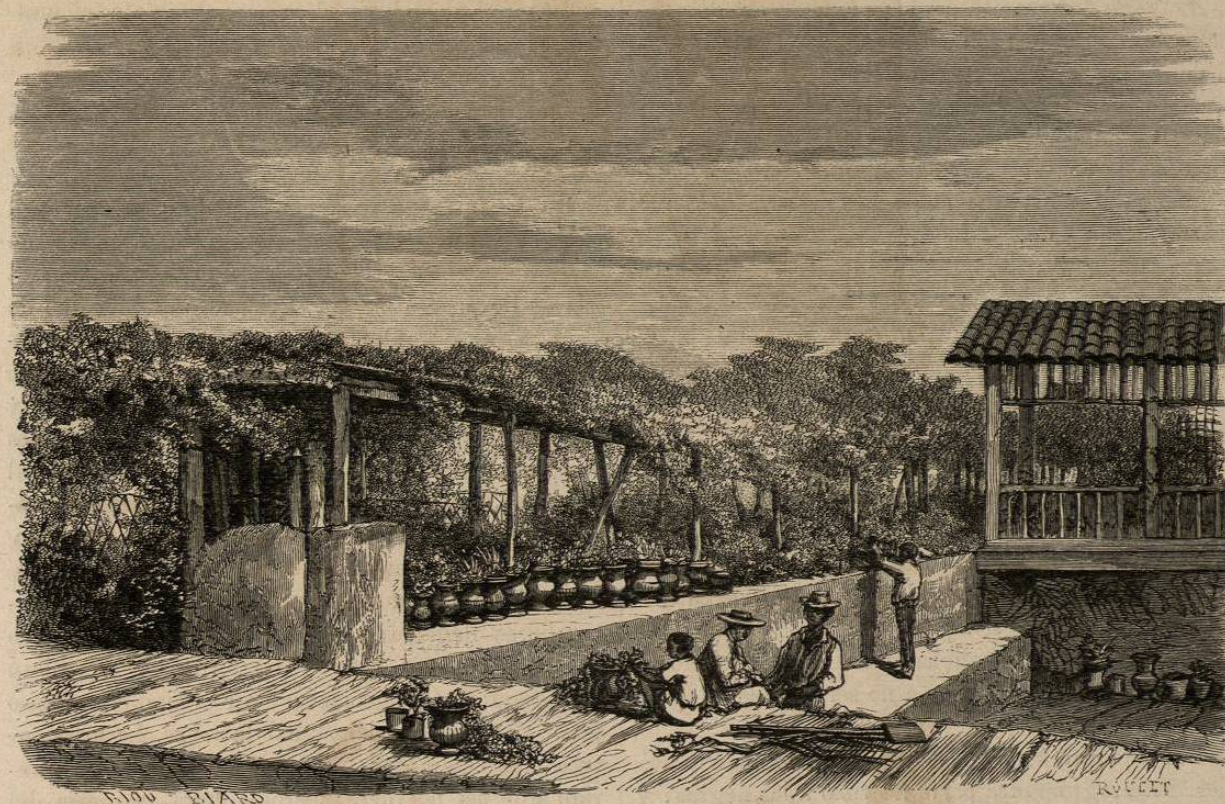
El sacristan de la iglesia del Parahyba del norte.

jo, en la que coloqué mi hamaca, mis enseres para la pintura y la diseccion de los animales, los productos fotográficos y mis instrumentos de caza.

M. Benito inauguró sus servicios rompiendo una botella que contenia nitrato de plata, y lo hizo con el ingenio suficiente para mancharme el pantalon

que estrenaba. Al oír sus reiteradas escusas, tuve por cierto que en lo sucesivo seria mas cuidadoso, y que podia tranquilizarme en este punto; tenia mucha razon para pensarlo así, porque aquel mismo dia pisó un cristal que yo habia puesto á secar en la pared, y en el cual habia fotografiado á M. G... para sacar luego el retrato con que me proponia sorprenderle.

Fuí al bosque al dia siguiente, y allí el calor me hizo tan malas pasadas como M. Benito, pues el colodion no corria á causa de que el éter se evaporaba inmediatamente; no obstante, yo estaba empeñado en trabajar. No fiándome ya de M. Benito, encargué á un fornido negro que condujese mi bagage, y luego lo despedí. M. Benito nos habia seguido desde lejos, y todo el tiempo que pasé trabajando se mantuvo



Jardin de la hacienda en Ara-Piranga.

inmóvil apoyado en un largo palo. Evitaba mirar hácia aquella parte, porque su aire y su actitud me crispaban los nervios; y hacia mal, porque sin duda esperaba mis órdenes. Procuraba adivinar mis gustos, y como estaba lleno de buena voluntad, segun la frase del relojero, y podia esperar que me seria útil algun dia, hícele una seña para que se acercara; pero emprendió la fuga con toda la prisa que le permitia su pierna sana. Víme precisado á correr tras él; mas, como era un poco sordo, y además su organizacion le hacia equivocarse, así respecto de las intenciones como respecto de las palabras, ya francesas, ya portuguesas, tuve que cogerle á la carrera.

Proseguí algun tiempo dibujando en la sombra; luego me puse á cazar, deseoso de probar una magní-

fica escopeta inglesa que habia comprado en Rio-Janeiro.

Para volver á Nazareth donde vivia M. G..., anduve mas de media hora al sol, y el sol del Pará es abrasador. Suprimí, pues, de mis vestidos todo lo que la decencia permite; y como nadie se aventura á recorrer los caminos á mediodía, pude quedarme casi en cueros. Ocupado estaba en simplificar mi vestido cuando ví pasar lentamente por el lado opuesto del camino un boa encarnado, y yo tambien, sin darme mucha prisa, lo maté de un escopetazo. Luego supe que aquella especie de serpientes es bastante rara.

Pasé casi desnudo al volver á Nazareth, por delante de muchas casas de campo, á la puerta de una de las cuales hablaban dos caballeros. Grande fue mi